

Julio Pérez F.

Conversaciones Familiares

Modesta contribución de
homenaje al 50° del
terremoto de Cúcuta.



IMPRESA DE EL TRABAJO - CUCUTA

©Academia Colombiana de Historia

JULIO PEREZ FERRERO



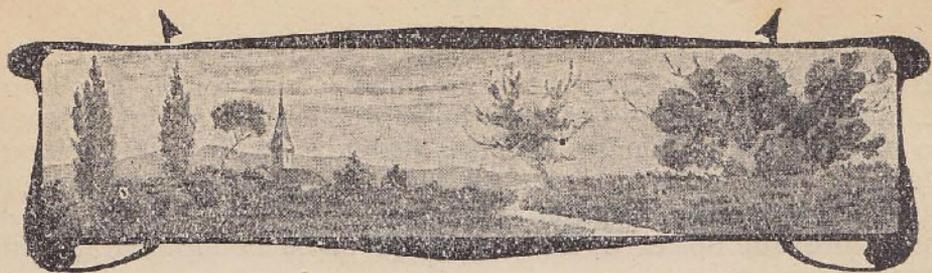
Conversaciones Familiares



CUCUTA

IMPRESA DE «EL TRABAJO».

001325-Inv



INTRODUCCION

PINTAR las cosas viejas podrá no tener interés para quienes el pasado nada diga; pero para cuantos vivimos más del pasado que del presente, dejándonos arrastrar por el recuerdo, viene bien la estrofa de J. A. Silva, que dice:

“Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
Sin voz y sin color saben los cuentos
De las épocas muertas, de las vidas
Que ya nadie conserva en la memoria”.

Ya quedan pocos de los que vivían antes del terremoto de 1875 que destruyó la antigua Cúcuta, que acabó con la riqueza acumulada en una centuria y que quitó la vida a más de tres mil habitantes; pocos quedan ya de los que fueron testigos de la terrible catástrofe y muchos menos aún de los del pasado cucuteño. Mas los hijos de los hermosos valles que han abonado el sudor del hombre diligente y que embalsaman siempre una lozana y variada vegetación, sean de las generaciones pasadas o de las del presente, habrán de recorrer con simpatía al menos, estas pobres páginas, que, pudiéramos decir, entrañan algo de la historia de nuestros progenitores y que sólo deben tenerse por una sencilla conversación familiar.

Algo menos de un siglo alcanzó de vida la antigua ciudad de Cúcuta y apenas cincuenta años tiene la moderna; no obstante, han contado una y otra con hermosa historia y han alcanzado preponderancia en los diversos órdenes de la vida nacional. Darlas a conocer es doble deber, pues si la justicia lo impone no menos lo ha de hacer el amor. Cooperamos en tal labor en la forma pobre que nos es dable, confiando en la benignidad de una favorable acogida.

No habrá propiamente historia nacional mientras no la haya de cada sección del país; de lo que se deduce la necesidad de historias particulares de cada pueblo en forma de monografías.

Cuán grande será el fruto de las historias particulares, en las que se pinten fielmente las localidades con los caracteres del pueblo y con la expresión de sus riquezas que sirvan de guía a las corrientes de inmigración. Parece cerrada, y Dios lo quiera que sea para siempre, la era de las revoluciones que negaron la entrada a la Patria de las inmigraciones, acarreándonos por ende tanto descrédito en el exterior. Hagamos fecundo el beneficio de la paz en el campo del progreso para que, al desarrollo de la Patria, concurren elementos sanos de otros países y Colombia, que es la portada de la América Latina, realice los elevados destinos confiados a élla por la mano Poderosa que gobierna las naciones: así pagaremos en debida forma la deuda de reconocimiento a la magna obra de nuestros próceres.





CUCUTA

ORIGENES.

No hemos hallado relación escrita ni conocemos tradición oral sobre los pueblos que existieron antes del siglo XVIII en Limoncito, Pajarito, San Isidro y el Pantano, algunos de los que debieron tener importancia a juzgar por los vestigios de habitaciones existentes aún en los dos primeros puntos indicados. Hemos de confesar que entre nosotros ha habido tal incuria, que nadie se preocupó por conservar los archivos regionales de San Faustino y San Cayetano, en los cuales se podían hallar datos etnográficos acerca de los pueblos que precedieron a la formación de San José de Guasimal.

Nos parece fuera de toda duda que el punto en que se levanta nuestra ciudad fué escogido con raro acierto por la abundancia de aguas y su posición central, no menos que por la belleza del valle.

Es indudable que San José de Guasimal se formó con el éxodo de San Cayetano, cuando los habitantes de esta localidad, que tuvo importancia social y comercial, hubieron de abandonarla a causa de la fiebre que la azotó en más de una vez y que llamaban *tabardillo*. Muchos apellidos de los primeros pobladores de San José de Guasimal, son originarios de San Cayetano.

San Faustino, que fué población de alguna importancia, toda vez que no formaba parte del Virreinato de La Nueva Granada ni de la Capitanía General de Venezuela, sino que dependía de una manera directa de la Corona de España, debió contribuir con su personal a la fundación y crecimiento de San José.

Las causas de haberse despoblado San Faustino fueron las fiebres y luego la guerra de la Independencia.

El Rosario, que tuvo importancia política y social y que ocupó una área bellísima se despobló después del terremoto, contribuyendo con su éxodo a la preponderancia y aumento de la nueva ciudad de Cúcuta. Aparece, pues, nuestra ciudad unida en sus orígenes a los pueblos nombrados y al hoy llamado San Luis, por lo que justo ha de ser que en las crónicas se comprenda la región por todos ellos abarcada.

San José de Guasimal fué erigida en 1733 a petición de algunos vecinos de San Luis de Cúcuta, pueblo que queda al oriente de la ciudad y a la margen oriental del río Pamplonita; esos vecinos pidieron la creación de la Parroquia. Se erigió a San José en terrenos donados por la señora doña Juana Ranjel de Cuéllar, terrenos que según tradición estaban cultivados en parte. «En 21 de abril del mismo año 1733 y en virtud de la cédula Real suscrita por Carlos IV, Rey de las Españas, fue erigida en muy noble y muy leal y valerosa Villa, correspondiendo a don Juan Antonio Villamizar, Teniente Corregidor, Justicia Mayor de la ciudad de Pamplona, ponerla en posesión del Título».

“En 1735 funcionaba ya la Parroquia de la que fué primer Cura Rector el Presbítero Doctor don Antonio Ramírez de Rojas”.

San Faustino, que había sido Villa importante y en donde se ven ruinas que lo atestiguan, formó posteriormente parte del municipio de San José. Los límites que tuvo éste vinieron a ser modificados en 1911 con la creación del de Córdoba, que cercenó así su extensión territorial.

El agrimensor que practicó la medida del terreno de la corregiduría de San José de Guasimal, fue don Miguel Chacón, en 26 de abril de 1793, de cuya diligencia se desprende que medía 2.890 metros de oriente a poniente y 600 de norte a sur. Según esa diligencia había para entonces 35 cuadras edificadas; tres y media pertenecientes a la fundación del hospital y otro tanto en solares que no hacían parte de lo donado por la señora Ranjel de Cuéllar.

El río Pamplonita, que es el surtidor de aguas de la ciudad, debió tener curso distinto al actual, pues al escavar en la plaza principal se halla lecho de río; y hubo un viejecito que decía, según referencia verbal de persona veraz, que recordaba haberse bañado cuando niño en el punto que ocupó el templo de la antigua ciudad y que es el mismo ocupado hoy por la iglesia principal.

Otra persona que murió a edad muy avanzada, decía a nuestra madre, que había conocido hacienda donde quedaba la calle real de la antigua ciudad.

CASERIOS

Ha contado el municipio desde tiempo atrás con los caseríos: «Morretón», «Aguasucia», «El Ojito», «Urimaco», «El Rodeo», «Tonchalá», «El Carmen», «Taviro», «El Salado», «El Cerrito», «San Faustino», «Puerto Villamizar» y «Limoncito». Este último debió tener importancia muchos años atrás.

RIOS

El Pamplonita, que nace en los contrafuertes de la cordillera que circunda a Pamplona, corre por entre las cordilleras oriental y occidental, hacia el norte, juntándosele el «Táchira» en

el punto llamado «Las Ajuntas», para así, unidos, confundirse con el «Zulia» en Puerto Villamizar. El Zulia, que viene desde Mutiscua, pasando por Cucutilla, Arboledas y Salazar, recibe abajo de San Cayetano las aguas del «Peralonso». El «Zulia» se confunde en territorio venezolano con el «Catatumbo», dos leguas antes de Encontrados y con el nombre de «Catatumbo» sigue hasta desembocar en el lago de Maracaibo.

PRODUCTOS

El valle de Cúcuta está formado por los dos ramales de la cordillera andina: el que sigue a Venezuela y el que se dirige a Santa Marta. En ese valle de considerable extensión se cultivan en grande escala pastos para la ceba de ganado mayor, café, cacao, arroz, caña de azúcar, plátanos, yuca, maíz y frutas en variedad crecida.

A tres leguas de la ciudad hay mesas elevadas en las que se puede cosechar trigo, papas y demás productos de las tierras frías.

Dista la ciudad bien poco de la frontera venezolana, por lo cual hay corrientes comerciales entre los dos países hasta de productos menores.

La temperatura media de la ciudad es de 28 grados, subiendo en los meses de agosto, setiembre y octubre frecuentemente a 32 y en algunos días a 34 y 36 grados.

La elevación de 360 metros sobre el nivel del mar, según unos, y de 294, según otros. No nos explicamos el porqué de tal diferencia.

USOS Y COSTUMBRES ANTIGUAS

El traje de la mujer cucuteña en el pueblo era, hasta antes del terremoto, compuesto de enaguas, camisa más o menos ajustada y bordada, pañuelo cruzado, sombrero jipijapa y alpargatas; pero realzado ese traje por el donaire y gracia característicos del pueblo adquiridos probablemente con la costumbre de cargar sobre la cabeza las botijas y canastas, costumbre que aún hoy se conserva en el servicio doméstico.

Los hombres del pueblo vestían generalmente camisa y pantalones comunmente blancos, alpargatas de fique, siempre limpios; sombreros de felpa de color negro o rapé, o de jipijapa de agradable forma y regular calidad. Para entonces no se había generalizado el uso del saco y de botines; pero el aseo era tan general que los mismos mendigos no vestían harapos. Había un uso muy común, que servía de distintivo a las clases pudientes: lo constituía la hebilla de los pantalones que ostentaban todos en tamaño grande, y de hueso, cobre, de plata u oro según la posición pecuniaria de cada uno.

En las clases altas de la vida social no había boato como lo hay actualmente, pues las señoras y señoritas vestían telas de mu-

selina o linón, generalmente de colores claros, confeccionados sí, los trajes, con gracia suma.

Una que otra dama rica vestía de seda en las fiestas sociales, sin llegar jamás a ofrecer contraste con las que se presentaban aderezadas con encantadora modestia. En cuanto al uso de joyas, rara niña llevaba brillantes en las orejas o en los anillos; qué bien encuadraba tal sencillez con la vida social caracterizada de íntima cordialidad.

El vestido de los niños, no obstante la ausencia absoluta del lujo, distinguía las posiciones, conservando en todos el aire propio de la edad juvenil. Porque en esa época ya lejana el joven, y menos aún el niño, ni fumaba, ni bebía licores.

Los bailes populares tenían lugar al aire libre, lo que equivale a decir que entonces había mucha moralidad y tanta que las familias linajudas solían presenciarlos.

Las fiestas que se celebraban con mayor pompa y algazara eran: la civil del 20 de julio, y las religiosas de San Juan y de San Pedro. En ellas los trajes se modificaban solamente en la calidad de las telas y en los adornos.

En los bailes de la primera sociedad había lujo sin llegar al gasto que imponen los de hoy, por que entonces no se bebían licores espirituosos; allí no se usaba el vino champaña; bastaba el «bul» hecho con la cerveza y las «sangrías» con vino tinto; el vicio vivía alejado de todo centro social.

Las fiestas de San Juan y San Pedro eran características de la ciudad; lástima grande que hayan sin sustituidas por las que han traído las corrientes del progreso. Los pueblos como los individuos han de tener fisonomía propia, y la de aquellos se caracteriza por las costumbres. Sólo en las fiestas de la Patria el 20 de julio había corrida de toros en la plaza; en las demás, tales corridas se verificaban en las calles.

Ya me parece oír a más de un moderno calificar de atraso esas corridas: no lo negamos en un todo, pero eran tan divertidas! Los gallos corridos, jugados en «La Playa», «El Llano» y «El Callejón», los vemos en la lejanía de los tiempos sin el carácter bárbaro que entrañaban. El espíritu industrial, más que el de civilización y progreso, es el que ha modificado en parte las costumbres de nuestro pueblo, en materia de diversiones, pues las de la época exigen el costo de la entrada.

Cuantas personas califican de bárbaras las diversiones que, como las corridas de toros, aparejan desgracias personales, no fijan la atención en que la locomoción moderna que se tiene como signo de progreso, las causa en mayor grado e intensidad.

En aquellas diversiones la vanidad, como hoy también, aguijoneaba la destreza para alcanzar el aplauso. Cómo olvidar a un Vidal Saavedra, llanero habilísimo en la equitación, quien, al entrar en la plaza del toreo quitaba a la silla la cincha y la grupera

y, así, sin otra fuerza que lo sostuviese que la de sus aceradas piernas, corría velozmente tras el toro al que agarraba la cola, para con un ligero esfuerzo tirarlo por tierra, caer sentado sobre él, y sujetarlo así? También era de ver a Juan Zancas vestido a la llanera con camisa blanca y mangas de farolillo, calzones de garrasina o uña de pavo, sin gorra ni sombrero, llevando los trastos del toreo bajo el brazo izquierdo y la banderilla humeante ya en la mano derecha, llegarle al toro y, sentado o acostado, clavarle la banderilla.

Y caemos ahora en la cuenta de por qué hoy como en antes hemos de ver la plaza de toros circundada de toldos para la venta de dulces y de licores: es que la civilización respeta las formas del negocio. No somos tan aferrados al pasado que desconozcamos las ventajas del presente; mas hemos de decir que, entonces, las cárceles se veían ciertamente vacías por que les bastaba para el servicio una o dos piezas reducidas, al paso que ahora no alcanzan amplísimos edificios. Ha de ser sin duda que los años, ya que nó el progreso, va despertando la malicia, que es poderoso acicate del mal. Había antes del terremoto dos personas a quienes casi frecuentemente tenían en la cárcel: un hombre apodado «El Venado» por ratero, y una mujer llamada «La Varona» por soez.

POLITICA

La política era cosa de tan poca monta antes del terremoto, que costaba trabajo encontrar quién se hiciera cargo de la Alcaldía, por ejemplo. El sueldo no era pequeño y la prensa entonces no publicaba artículos injuriosos contra la autoridad, ni contra nadie; era que se miraba con desdén la política y todo cuanto a élla se refería. Quién sabe si a eso se debía la vida apacible que en Cúcuta llevaban sus habitantes y la armonía dulce y sabrosa en que todos vivíamos. Comenzó a cultivarse la política y empezó también a cosecharse el odio destructor de todo bien.

EL JUEGO

Entre las costumbres de entonces podemos citar la del juego, que estaba generalizada tanto aquí como en el Táchira. El juego se consideraba como medio adecuado para alcanzar relaciones, por lo que no se veía desdorado el caballero al rozarse en el tapete con tahures aun de mala ley. Casas de juego había para los diversos círculos sociales, y se conocían personas que su bienestar personal lo derivaban de los garitos, llevando a ellos ora al hijo de familia, ora al jefe del hogar.

No era cosa rara que, por esa nefanda costumbre del juego, se arruinaran de la noche a la mañana personas poseedoras de un mediano capital.

La raigambre de tal vicio ha sido tan profunda que aún subsiste, por más que la Ley ordene su persecución; tan hondas sus

raíces que, en las fiestas del 20 de Julio, se sacan a remate los juegos prohibidos, sancionando tan violatoria medida los mismos Alcaldes que son Presidentes de las Juntas Directivas de las fiestas públicas.

Podrá ser acatada la ley por los gobernados si los encargados de hacerla observar la quebrantan, olvidando el juramento prestado al tomar posesión del empleo?

Las riñas de gallos eran diversión dominical, anunciadas por cohetones y presenciadas por personas de toda clase social. No podemos omitir un suceso que obligó a cerrarse la gallera en muchos meses por falta de concurrencia. En una riña en las que se habían trabado apuestas de consideración, uno de los gallos, ciego y quebrado ya por los golpes del contendor, aguardaba sólo acabar la vida para descansar de aquel martirio y hacer gozar del triunfo a sus enemigos: "levante el gallo", gritaban estos últimos, y en medio de tales gritos se oyó la blasfemia de "ni que Dios lo quiera ganará"; pronunciado apenas tamaño apóstrofe, el gallo vencido, en las contracciones de la agonía, clavó al vencedor que lo picoteaba sin compasión las espuelas, dejándolo instantáneamente muerto. La concurrencia desfiló silenciosa y aterrada ante lo que acababa de acontecer.

SEPELIOS

Era costumbre ingrata la observada en las inhumaciones de cadáveres en aquella época en que aún no se estilaba enviar coronas y rodear el ataúd de símbolo tan extraño al objeto; el ataúd se cargaba a hombros de peones casi siempre sucios y en algunas veces borrachos, dando lugar esta última circunstancia a tristísimos episodios. Poco se usaban las peroratas en los entierros por grande que fuera la importancia social del difunto. En el entierro del Ilustrísimo señor Barreto, Obispo de la Diócesis y que murió en la hacienda de «La Vega», cuando de Pamplona se dirigía a esta ciudad en busca de temperamento cálido que le aliviase de la grave enfermedad al corazón que adquirió al llegar a Pamplona a encargarse de la Sede, pronunció un elocuente discurso el señor Barret de Nazarís, francés domiciliado aquí años atrás y casado con una hermosa cucuteña: fue el primer discurso fúnebre de que tuviéramos noticia.

En otro entierro, en el de don Anaclito Hernández, sacristán mayor de la iglesia, persona honorable y bien estimada, habló en verso Federico Vega, poeta inculto, mas de poderoso estro: le oíamos hablar en verso improvisado y correcto sobre cualquier tema que se le diera y versificar por muchas horas. Federico podía decir con Fray Luis de León que se le desgranaban los versos sin darse de ello cuenta, pues en efecto era para él cosa tan fácil como lo es para el agua correr sonora y sin tropiezos.

CALLES

La antigua ciudad tenía calles de ocho a diez metros de an-

chura, generalmente rectas, sin árboles en ellas ni siquiera en las Plazas. No nos explicamos por qué tanta oposición a la arboleda que nos proporciona salud. Siendo Alcalde don Jorge Briceño, persona distinguida y honorable, hizo sembrar unos cuantos estacas de árboles en la plaza principal que carecía de nombre y presentaba perspectiva desapacible, poco grata; en el curso de la noche de aquel día en que sembró los árboles don Jorge, un grupo de peseros de aquellos mismos que el lenguaje político había bautizado con el nombre de "muchachos", arrancaron las estacas y las recostaron a las puertas y paredes de la casa municipal.

BARRIOS

Los barrios de la ciudad tenían los mismos nombres con que hoy se distinguen: «Callejón», «Carora», «Llano», «Contento», «Páramo», «Cabrera», «Puente», «Caimán», «Playa» y «Curazao». Las corrientes del tiempo modifican o destruyen los usos y las costumbres, pero serán impotentes para quitar los caracteres que distinguen a los hombres entre sí y a estos de unos barrios a otros; hoy, como antes, por más que los botines y el saco se hayan generalizado en Cúcuta, se distinguen aún los habitantes de cada barrio de la ciudad, por la forma del sombrero, el modo de usarlo o algo inexplicable que los caracteriza.

Hubo en esos barrios gamonales a los que habían de agasajar cuando así lo requería el deseo de triunfar en alguna elección. Y como nos hemos propuesto a dar a conocer el pasado de nuestra amada Cúcuta, relatemos cómo se efectuaban las elecciones. Para entonces era casi todo el pueblo liberal; había sólo un grupo reducido de conservadores que votaban siempre, aun cuando el ejercicio de tal derecho les costase alguna injuria o una paliza que en esa época menudeaban: los liberales, que no pueden vivir en paz cuando no tienen con quién reñir, riñen entre sí. En aquella época, divididos como estaban, formaron dos partidos llamados de "arriba" y de "abajo", y en cierta ocasión en que dominaban "los de arriba", fueron "los de abajo" a consignar su voto en una elección para concejales. Y «que no votan», «que sí votamos» eran las voces que se oían, formándose en breve un tumulto y luego una pelotera de la que salieron varios estropeados. No hubo elecciones pero sí escrutinio que dio el triunfo a "los de arriba", que era el círculo dominante, dirigido por las personas visibles pero que ocultaban siempre sus nombres. Como no había tribunal de lo contencioso, ni más sanción que la fuerza, ni más fuerza que la numérica, la cosa no trajo como consecuencia su nulidad, ni los elegidos se consideraron espurios.

AGUAS POTABLES

El agua de que se servía la ciudad era entonces la misma del río "Pamplonita", tan desaseada como ahora, sin que a nadie ocurriera atribuirle las epidemias o novedades de formas disintéricas. El agua del río "Pamplonita", analizada en Alemania, fue declara-

da muy buena; y es de creerse por la cantidad de azufre y de hierro que contiene, que la modifica muy favorablemente.

Era cogida el agua para el servicio general de la población en el brazo o en la misma toma que atraviesa por el centro de la ciudad de sur a norte, pues entonces no había ni un tubo conductor, ni una pila, ni una fuente surtidora, pública o privada. La imposibilidad para abastecer de la suficiente agua con el solo servicio doméstico, hacía negocio lucrativo la venta de ella acarreada en burros, negocio que algunos emprendieron con magnífico resultado.

EJERCICIOS POPULARES

Ha sido común en los pueblos todo ejercicio de fuerza o de destreza, caracterizando las épocas el uso de unos o el desuso de otros. Las carreras a pie eran algo frecuentes sin haberse llegado a saber de dónde procediera esa costumbre; probablemente de Maracaibo, pues en los pueblos pequeños del Estado Zulia se acostumbraron por muchísimo tiempo. Había también carreras de a caballo, que constituían casi siempre punto importante en los programas de fiestas nacionales.

Según tradición oral, hubo, años atrás, un viejo español de apellido Mansera que debió quedar en la ciudad después de la independencia; viejo y pobre, tuvo que dedicarse a dar lecciones sobre el manejo de la espada y del garrote para poder remediar sus necesidades. Acudieron unos cuantos a aprender tales artes tomando, desde la primera lección, los ademanes y las actitudes de los espadachines; y cuentan las crónicas que uno de esos entusiastas aficionados, que de vez en cuando se enjaranaba y era peligroso en el estado de embriaguez, había oído decir al profesor Mansera que todos los maestros de espada o de garrote se reservaban "una punta": en una borrachera, el tal aficionado, se acordó de la cosa y dominado por la idea de saber cuál era la punta reservada, se dirigió, espada en mano, hacia la casa del pobre maestro, quien al verle venir en aquella actitud, se aseguró dentro de la casa trancando fuertemente la puerta. "Abra, maestro", le decía el visitante, "que vengo solo a que me enseñe la punta que usted tiene reservada"; "esa es" contestó desde adentro el pobre, temblando a más no poder; "cuál?" interrogó el discípulo; "la tranca de la puerta" contestó el infeliz maestro, quien por ganar el sustento adiestraba en las artes de la muerte. Con todo, no se llegó a oír jamás hablar de un duelo.

CLIMA

El clima de Cúcuta fue considerado, antes del terremoto y en muchos años después de éste, muy bueno, por médicos de una y otra épocas bien reputados. Y, como prueba de la exactitud de aquel concepto, se tenía observado que desde el año de 1848 no había reaparecido aquí en la ciudad la viruela, apesar de haber lle-

gado en forma epidémica y en diversas épocas a las poblaciones vecinas. A la salubridad de la población contribuía el aseo de la ciudad entera, de los interiores de las casas y de los habitantes: en esa época no había dentro de su recinto ni muladares, ni peseberras, ni establos de ganados ni de cerdos.

ORIGEN DEL PROGRESO DE CUCUTA.

Desde antes del terremoto el carácter benévolo del pueblo cucuteño ha hecho a la ciudad cosmopolita, atesorando en todo campo elementos de progreso. Los arquitectos italianos Cherubini y Martelli, que construyeron el puente en «La Donjuana», y el de «San Rafael» aquí y luego Pinzón, bogotano, formaron albañiles de nota, entre los cuales figuraron los que han levantado buenos templos en la provincia y en Ocaña tales como Miguel Duarte, Pedro Chaustre, los Morenos, Ezequiel Durán y otros más. Juan Antonio Fontiveros, bogotano, afamado ebanista, sembró y cultivó entre nosotros tal oficio, dejando discípulos notables como Rafael González.

Angel María Duarte y Rafael Núñez, maracaiberos, montaron establecimientos de cerrajería aquél, y éste de zapatería, iniciándose así tan importantes oficios. Domínguez, un negro dominicano la sastrería.

Siguiendo la marcha progresiva de la ciudad, a favor de los elementos extraños de grata y de obligada recordación, hemos de indicar que la afición a la música la empezaron a despertar don Julio Quevedo y don Julio Rueda, bogotanos; desarrollándose poco a poco después por los Noguera de Ocaña, los Pirela y Puche de Venezuela, y Telémaco Fornarini, italiano. Para apreciar lo alcanzado por el progreso en el campo de la música, preciso es pintar cómo fuera Cúcuta cuando Quevedo y Rueda hubieron de cantar una misa de requiem: reclutaron a cuantos podían hacer sonar un instrumento, resultando que el clarinete tocó a cierto individuo a quien correspondía romper la música en la orquesta; y después de bien aleccionado por Quevedo para que al medir el compás y decir uno, dos, tres, cuatro, empezara, no lo pudo conseguir, pues cuando Quevedo, que llevaba la batuta, daba las voces de la medida, nuestro hombre se quitaba el clarinete de la boca y preguntaba: *yá?*—Después de esa época se formaron músicos de la talla de Carlos Jácome, Santiago Romero y Hernán Cortés. Para pintar al primero, basta decir que en Nueva York se cantaba en teatros y salones la canción «Las Golondrinas», música de Carlos y reputada notable.

El ramo de la peluquería estuvo siempre en manos de Mantillita — que así se le llamaba por su pequeña estatura — y quien ejercía las funciones a domicilio. Los muchachos eran trasquilados entonces por las manos femeniles de la madre o de una tía. La peluquería de Mántilla carecía de avisos, de perfumes y antisepsia; con todo, no eran conocidos los contagios que se ha dado en

atribuir a las peluquerías. Sucede que hay que hacer recaer las responsabilidades sobre alguien y, como dice el refrán, la sogá revienta siempre por lo más delgado. Muchos años después vino el patriota Guevara, barbero de gran fama y de mayor prosopopeya: formaba parte de la guardia de la cámara en Caracas el día en que fue asesinado don José Antonio Salas, crimen que vigorizó en Guevara la opinión política de oligarca. Fue el primer barbero que pasó la navaja por la nuca de los parroquianos, en lo que jamás convino Mantilla, y cuya circunstancia produjo dos bandos que, a falta de nombre entonces, llamaremos mantillistas y guevaristas. Nos sucedió en cierta ocasión que ocurrimos a Mantilita por haberse ausentado de Cúcuta el patriota Guevara, y quien después de habernos afeitado la una mitad de la cara, al observar nuestra nuca rapada, lo que nos denunciaba como guevaristas, con una calma envidiable guardó sus navajas y nos dijo: "anda a que te afeite Guevara". Tuvimos que rogarle para que no nos dejara en tan triste estado, conviniendo al fin y al cabo en rasurarnos. El patriota Guevara, como hemos dicho, era hombre de gran prosopopeya, especialmente cuando fumaba un cigarro ambalema, que era por entonces el lujo de los fumadores. Bien se podía ofrecer cuanto se quisiera por una afeitada cuando, "tendido en la butaca y al sopor del plácido mareo", como dijo el poeta, veía, por entre los espirales de humo, recostado en el taburete y con una pierna montada sobre la otra, rodar deliciosamente el tiempo: no accedía.

Poco debían producir entonces algunos de los oficios, pues vimos a más de un zapatero echar a un lado las hormas para convertirse de la noche a la mañana en médico especialista. Hubo uno de apodo "Garabulla" que se aplicó a curar el maleficio y no por los sistemas conocidos entonces de chupar las sienas, sino por otros que él decía científicos modernos. El maleficio ha sido de todos los tiempos, pues entonces, como hoy, se amparaba a los niños del mal de ojo, que es una de sus múltiples formas, con ponerles un azabache fino, o de pura imitación, colgante de un collar o de una pulsera. Las profesiones liberales eran ejercidas no en forma de simple negocio, sino a manera también de apostolado, a lo que la generosidad del pueblo correspondía en modo que patentizaba un reconocimiento. Dijéranlo el Dr. Felipe Salas y don Pedro Reyes: éste, apóstol de la caridad, y aquél, honra y prez de la medicina en Colombia. Que había rúbulas, quién podría dudarlo? si los ha habido desde que la codicia de los bienes ajenos se despertó en el mundo; y para no ser desmentidos contaremos que siendo Juez superior en lo civil don Antonio María Ramírez, hombre recto y conecedor de la localidad y de su personal, se le presentó cierto tinterillo a demandar a otro por una deuda de cien pesos y quien, al ver que el demandado se declaraba insolvente, le denunció un solar ubicado en el plano de la ciudad, contiguo a la habitación de don Andrés Berti, cuyo solar ha-

bían observado los dos que carecía de dueño, pues hacía varios años que no lo denunciaban en las manifestaciones de riqueza. Corridos los traslados de ley, y llenadas las formalidades del procedimiento, se sacó a remate el solar mencionado: en el mismo día en que el tuerto Arámbula, pregonero perpetuo, gritaba desde el balcón de la casa municipal “cien pesos dan, a la una” entró al juzgado un individuo, quien al cerciorarse de lo que se trataba, exclamó con asombro: “ese solar es de don Casimiro Soto”, y corrió a dar cuenta a éste de lo que pasaba. Con la demanda de tercería se desbarató el plan fraguado por aquellos dos tinterillos que habían combinado el modo de hacerse dueños de una propiedad que creían bien mostrenco.

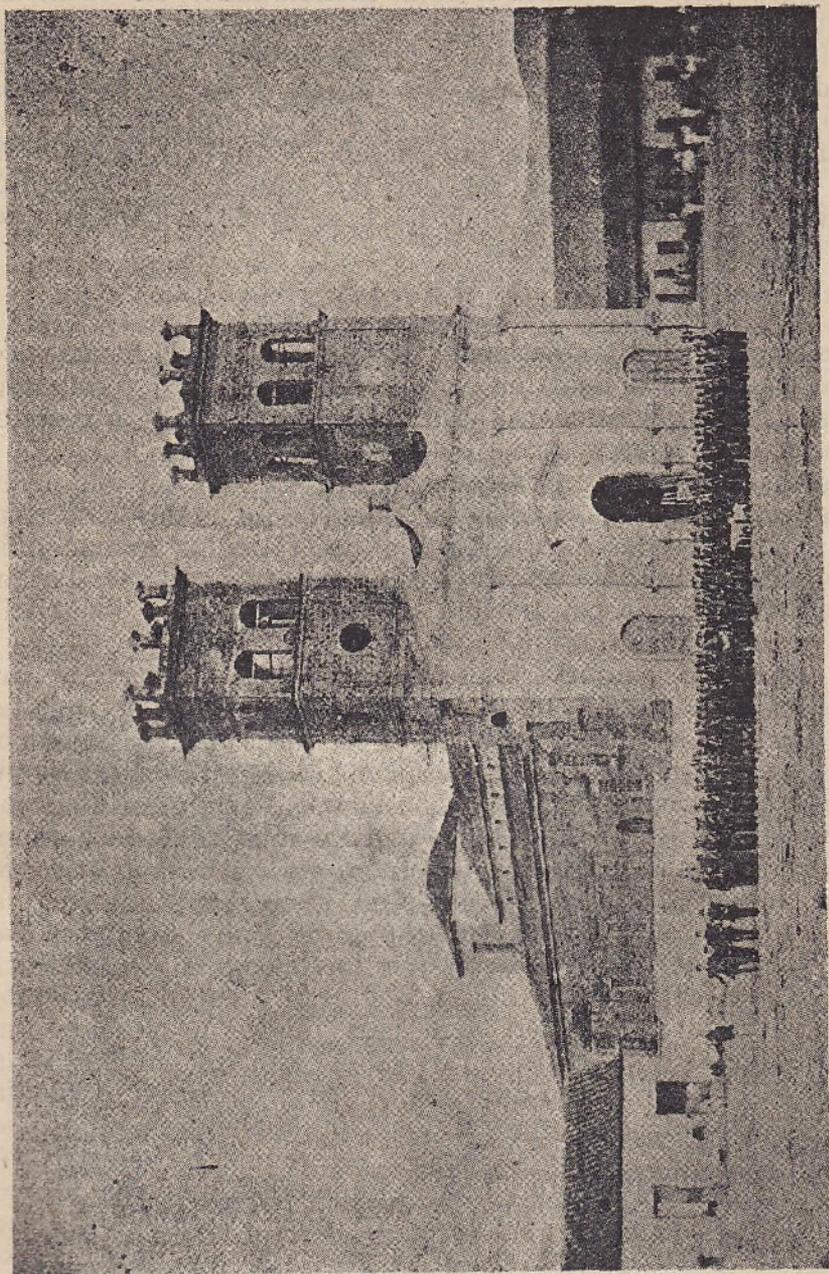
COMERCIO

El comercio se extendía hasta Bogotá cuando la navegación del Magdalena, que se hacía en champanes, era difícil y dilatada. Don Domingo Pérez, nuestro padre, llevó en varias ocasiones mercaderías de Cúcuta a Tunja y a Bogotá.

De estas corrientes comerciales es que Cúcuta ha adquirido relaciones tan extensas y valiosas, pues como dice Calmeiro: “otros llaman al comercio disposición de la oculta Providencia para sustentar a todos los hombres e inducirles a contraer parentesco y amistad recíproca, porque siendo el comercio beneficio igual, el trato engendra amor.”

El comercio de importación se hacía de San Tomas que sirvió de centro, por muchos años, a la producción fabril de Inglaterra. La exportación se reducía a cacao y cueros que se enviaban por La Guaira a New York y Veracruz; la exportación de sombreros de paja era considerable y con ella se hacía el cambio por mercaderías en la isla de San Tomas. Años más tarde se comenzó a exportar el café de Salazar que fué donde se cultivó primero entre nosotros y a favor del inolvidable Pbro. Dr. Romero, que también lo hizo cultivar en Bucaramanga. Valía tan poco ese grano, que un señor Agustín Berti que lo compraba en Salazar a razón de \$ 5 la carga, logró hacer una gran fortuna, partiendo años más tarde para Italia, en cuyo país fundó un pueblo en el que, según entendemos, murió. Los valles estaban cultivados de cacao, que gozaban ya fama universal, y su producción debía de ser tan considerable que, apesar del gran consumo interior, se exportaban grandes cantidades. Según referencia de nuestro padre, el rico comerciante don Tomás Balanzó exportaba al año 500 cargas y otras tantas al aún más rico don Vicente A. Galvis. Era costumbre muy común entre las gentes acomodadas el exportar el cacao ya molido y empastillado para hacerlo viajar por mar y consumirlo al regreso, notablemente mejorado. Eso mismo acostumbraban hacer con los cigarros elaborados comunmente por una mujer a quien llamaban Agustina la Tusa.

¡Qué grado de honradez caracterizaba al comercio de Cúcu-



IGLESIA PRINCIPAL O CATEDRAL.—La guardia colombiana en parada.

ta! No se firmaban documentos. La palabra empeñada era inviolable! Parecía pueblo aragonés.

INSTRUCCION.

El ramo de la instrucción marchó lento en los primeros tiempos de la ciudad. Después de don Felipe Antonio de Armas, que parece haber sido el primer maestro, no habla la tradición de ninguno otro antes de don Isidoro Luzardo, maracaibero, quien fundó hogar respetable.

Maestros de las escuelas primarias oficiales de varones no vimos a conocer sino a don Francisco Vargas, autor de un acróstico al elenco de la compañía dramática Zafrané Toral, llegada de España a esta ciudad; a don Pedro Sánchez Castro, a don Miguel Reyes y a don Benjamín Herrera, que fue también uno de los primeros telegrafistas aquí en Cúcuta y jefe militar distinguido y caudillo del partido liberal. Maestras de las niñas sólo sabemos de doña Rosario Olivieri y doña Rosaliana Barbosa.

Hasta muchos años después del terremoto de 1875 no había en la ciudad más que dos escuelas oficiales urbanas; una de varones y otra de hembras; y rurales, pocas, muy pocas.

El primer colegio fue el de un señor Dieguez, para señoritas, en el que se educó el mayor número de las luego matronas cucuteñas. Un señor Ruiz, merideño, fundó uno de varones; más tarde otro un señor Larrota, boyacense; después funcionó por varios años el de don Miguel Monreal, venezolano; posteriormente los que dirigieron don José Ma^a Peña, el Dr. Ramón Vargas de la Rosa, don Juan de Dios Bustamante y don Rafael Niño, el Dr. Juan Félix de León, don Francisco de P. Andrade y don Luis Pérez F. Hasta el terremoto hubo el de señoritas dirigido por doña Matilde Cabral de Vargas, y antes de éste, para niñas, los de doña Magdalena de Monreal, cubana, y una familia Adrianza, maracaibera.

TEATRO Y PERIODICOS

El teatro y el periodismo se han considerado como elementos del desarrollo literario. Las primeras representaciones dramáticas de que tenemos noticia fueron dadas por una familia Obando; muchos años después vinieron dos compañías españolas, dirigida la una por Castel y la otra por Emilio Zafrané Toral. Aquella se disolvió debido a un homicidio perpetrado por uno de los de la compañía en un hombre de San Luis, a causa de un gato que se comió el español y que era de propiedad del segundo; el crimen se consumó en el camino que conduce de Cúcuta a aquel caserío, en el punto en que se levantó una cruz que llamaron la «Cruz del Gato». Inspirados por el ejemplo de la familia Obando y con el fin o propósito de ayudar al sostenimiento del hospital y a la construcción de la iglesia matriz, fundaron varios caballeros y señoras un instituto dramático bajo la dirección primero de don Aurelio Ferrero y más tarde

de la de don Carlos Irwing. Poderoso impulso recibieron aquellas dos obras con los producidos del teatro y justo es rememorar los nombres de quienes obraron tamaño bien. Fuera de los dos ya nombrados, formaban parte del instituto don Juan E. Villamil, don Trinidad Ferrero, don José Joaquín Castro, don Rafael Matamoros, don Carlos Ferrero, don Melitón Añez, don Francisco A. Durán; y las señoras y señoritas doña Mercedes R. de Villamil, doña Victoria F. de Garbiras, doña Julia Ayestarán, doña Rosaliana Barbosa, doña Enriqueta Ferrero, doña Cleotilde Reyes, doña Domitila y doña Hersilia Luciani y doña Isabel Villamizar.

Ya cercano el año aciago de 1875, en que tuvo lugar el terremoto, funcionó en el teatro de la ciudad, que quedaba donde está hoy el hospital de caridad, una compañía de aficionados formada por Enrique Zerpa que vivía apasionado del arte dramático. No es posible dejar de referir el percance ocurrido a unos cuantos jovencitos que presenciaban un drama representado por esa compañía, drama de don José María Samper y mediocre en su forma literaria. Aconteció, pues, que siendo su acción de la época y diciéndose en el libreto que la protagonista debía vestir en el primer acto de amazona, apareció vestida de india, creyendo que se refería al traje de los indios del Amazonas. Ostentaba unas pantorrillas rollizas que quizá fueron la causa del adefesio teatral; y apenas se dió el público cuenta del dislate, prorrumpieron los jovencitos en carcajadas estridentes de imposible represión. El alcalde, que quería pasar por celoso guardián de la ley y a quien se consideraba un fierabraz, intimó el silencio conminando con llevarlos a la cárcel; tan insólita conducta por parte de dicha autoridad provocó aún más la risa que se extendió pronto a todas las personas que ocupaban las bancas del patio; encolerizado en grado sumo el señor alcalde, los habría llevado a la cárcel si el señor don Félix Uribe, hombre serio y de respeto, no le hubiese hecho ver la imprudencia que iba a cometer, pues no había persona en el teatro que no estuviera riendo por aquel dislate indumentario.

A tanto llegó la afición del pueblo al teatro que, no obstante haber el local ya indicado, se estaba construyendo otro de mampostería en el marco norte de la plaza principal antigua, que ocupó la misma área de la actual, edificio magnífico y que llamaban coliseo.

La primera cantatriz que se exhibió en público en la antigua Cúcuta, fue italiana: la Bellini, y después la señora Quevedo de Villafañe, bogotana. Poco se ha cultivado el canto por el bello sexo en nuestra querida ciudad.

Hubo en diversas épocas periódico oficial del distrito y varios políticos y literarios. De uno de los políticos fue redactor algún tiempo el doctor Marco Antonio Estrada, y de los literarios recordamos "La Dulcinea," de don Melitón Añez y "El Valle" de don Adriano Páez.

HOSPITAL.

Existía un hospital de caridad fundado por un señor Novoa, que administraba una Junta o algún notable caballero; el último administrador fue el Dr. Antonio José Urquinaona, quien se ingeniaba para arbitrar recursos; la enfermera de que se tiene noticia se llamaba Modesta González; el hospital quedaba en el mismo sitio en que hoy ocupan la iglesia del Carmen y el manicomio.

TEMPLOS.

No obstante la riqueza del pueblo y la generosidad característica en los cucuteños, el culto católico carecía del justo boato; y los templos, que eran sólo dos, pues el grande aún no estaba terminado cuando el terremoto, pero sí en servicio, carecían de ricos paramentos.

La iglesia de San Juan de Dios, situada en la esquina norte occidental del hospital de hoy, tiene para nosotros recuerdos gratísimos: allí fuimos bautizados y oíamos la misa en los días de precepto. Cómo hacíamos sonar las campanas de ese templo cuando, siendo muchachos, se nos encomendaba el cargo por el sacristán don Antonio Angel. Declaramos con verdad que todas las demás nos han sonado de modo diferente y menos grato. Ah! el sonido de aquellas era inconfundible; de modo tal que la distancia, cuando vivíamos fuera de la tierra, no apagaba su dulce eco en nuestros oídos. Fué cura rector de la parroquia por muchos años el doctor Domingo Antonio Mateus, quien tenía en el solar de su casa un viñedo que le producía uva riquísima, con la que preparaba vino delicioso. El presbítero doctor Vicente Sedas fué coadjutor desde antes de nacer nosotros; con este padre ningún muchacho intimidaba, todos le teníamos miedo.

La capilla de San Antonio era pequeña y bastante fea; quedaba en la esquina que mira al frente norte occidental del mercado cubierto. En esa capilla se veneraba una imagen de San Antonio muy pequeña y que sirvió de motivo a varias camorras; la fé sencilla hacía creer que sólo ese San Antonio era milagroso y la veneración a la imagen se extendía a pueblos lejanos; después del terremoto se encontró en «El Salado», en donde le hicieron capilla, dando lugar a una reclamación elevada por los devotos cucuteños en masa ante el prefecto, y en nombre de los cuales llevó la palabra un popular orador; rebatido por un concurso numeroso de vecinos de aquel caserío, quienes comprobaban la propiedad, el jefe departamental se halló perplejo para dirimir el punto; después de amenazas recíprocas entre los grupos contendores, la primera autoridad ordenó que se trajera el santo a la oficina para tenerla presente, como si fuera cuerpo de delito, y después de algunos días, cuando ya los ánimos se habían serenado, lo entregó a la iglesia de San Antonio de Cúcuta.

CEMENTERIO.

El desarrollo creciente de la ciudad convirtió el primer cementerio en manzana central, en la que pronto se edificó; ocupó parte de la que queda al oriente del establecimiento «La India». Más tarde se abrió otro en el barrio de «El Llano» que sirvió hasta el terremoto.

Estuvo siempre el cementerio al cuidado de alguna persona, y jamás podremos olvidar el aspecto de una que se conocía con el apellido Rosales: alto, delgado, de barba larga, completamente blanca y puntiaguda; usaba unas camisas que le caían sobre las rodillas y calzoncillos de lienzo anchísimos; semejaba la imagen del invierno y a los niños se amedrentaba con la figura original de aquel personaje.

CRIMINALIDAD.

La criminalidad, en aquella época calificada de atraso, era muy escasa en sus cifras y casillas y el crimen que llegaba a verificarse causaba honda y general impresión. En un cuartel que había en la plaza principal por los años de 1867 a 1870, se rebeló un cabo, probablemente borracho, acometiendo en seguida con el fusil embayonetado a cuantos por cerca a él había; mató a dos soldados e hirió a tres: otro crimen sensacional fue el asesinato en el comandante de la independencia don José Barroterán, a quien le llamaron tarde de la noche, y al acercarse a la puerta para abrirla, recibió con un estoque introducido por el agujero de la cerradura, mortal herida. Años después tuvo lugar el conocido con el nombre de «La Trocha», del que se descubrieron sus autores por la sagacidad de don Melitón Añez, secretario entonces de la alcaldía. Se reunió en la plaza un gentío inmenso con motivo de la entrada de las víctimas, y don Melitón dijo: "raro que no esté en el tumulto Isidro Penca;" bastó que esto se dijera para que corriera de boca en boca tal nombre, por lo que el alcalde ordenó buscarle; al hallársele denunció el hecho de llano en plano. Qué horror inspiraba entonces el delito! Quitar entonces la vida al prójimo era casi increíble, al paso que hoy es pan cotidiano, casi tan frecuente como el de matar la honra ajena, que se ha llegado a considerar derecho. Ahora se mata como se calumnia y se infama, con la facilidad de cosa natural, llegándose a esperar el aplauso silencioso que entraña la consideración de la cobardía.

Había un conocido y casi único ladrón apodado Majuma. Era tan astuto que, con raro ingenio, alcanzaba éxito en cuanto robo concebía. Cierta zapatero que, entregado con avaricia suma al oficio, ni guardaba el día de fiesta ni concurría a espectáculo alguno, trabajaba hasta de noche sólo por atesorar; un día pasó Majuma por la zapatería y preguntó: "tiene botines número 40?" el zapatero puso dos pares sobre el mostrador que lo separaba de los compradores y Majuma, con el mayor desparpajo, cogió el par

más inmediato y salió en carrera; el zapatero corrió detrás, mas como aquél era muy listo y obraba sobre plan preconcebido, dio la vuelta a la manzana antes que el perseguidor; y, cuando de nuevo pasó por la zapatería, cogió el otro par que aún estaba en el mostrador.

M E R C A D O .

El mercado, que es punto que caracteriza a los pueblos, y demuestra su riqueza o pobreza, era entonces al aire libre, en la plaza principal. Las revendedoras, cuyo ramo ya existía, se arrellenaban en el suelo, bajo aquel sol inclemente, sin que se oyera jamás contar casos de insolación. Había toldos de feísimo aspecto, y hasta cocinas ambulantes en las que vendían sopas, hallacas, morcillas y obispillo, ofrecido todo con el consabido ají y el vaso de chicha espumosa. El mercado era diario, pero mayor el del domingo.

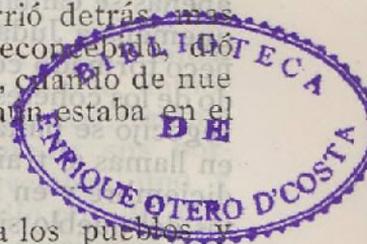
El consumo era bien considerable a juzgar por el siguiente dato: en San Antonio del Táchira se impuso un gravamen de medio real a cada carga de víveres que venía para Colombia, quedando de consiguiente consignado el número de cuanto pasaba para Cúcuta; y en octubre de 1888 pagaron derechos 640 cargas de cebollas. Tuvimos ocasión de comprobar dicha cifra con don Aristides García Herreros, contando en algún mercado dichas cargas, como también las de papas y demás artículos dados al consumo.

Aunque ese dato es de época posterior al terremoto, lo hemos consignado aquí por creer que antes de aquel cataclismo fuera poco más o menos igual el consumo. Este nunca se ha limitado al solo recinto de la ciudad sino que se extiende a los caseríos del municipio y a los pueblos vecinos que hoy totalizan una considerable población no menor de 50.000 habitantes.

Antes del terremoto no se había desarrollado mucho la afición a las conservas alimenticias extranjeras. Traían de Maracaibo, preparadas en succulento escabeche, la rica lisa del lago. Y quién podía preferir los dulces extranjeros a los de hicaco procedente de la "Sultana," a los de durazno y manzana de Pamplona, al de membrillo, merideño y, sobre todo, a los admirablemente confeccionados por doña Andrea, la española?

Hubo después de doña Andrea un confiturero italiano, hábil en la industria, que se radicó más tarde en Bogotá. Después de formar nuestros paladares con los espléndidos dulces de éste y de aquélla, se vieron repudiadas por mezquinas las llamadas *lengua de vaca*, que era el dulce común en todas las ventas y las que constituían el comiso de los escolares.

Las costumbres de la antigua e inolvidable ciudad eran de villorrio, de las que algunas se conservaron aún pasado el terremoto. El sábado santo era esperado con ansiedad después de los días de vigilia, no tanto por regalar el estómago cuanto porque



apenas se cantaba gloria y las campanas se lanzaban a vuelo, se quemaba a Judas. Consistía en colgar de una cuerda a un muñeco formado con ropas rellenas de paja y quemarlo entre el ruido de los cohetes y recámaras y la algarabía de los muchachos. Qué regocijo se pintaba en la fisonomía de las viejas al ver ardiendo en llamas al traidor del Divino Maestro! En los días últimos de diciembre y en los seis primeros de enero, se disfrazaban las gentes del pueblo sin regla artística de ningún género. Quién podría decirnos que esta costumbre había de tomar ascendiente en las altas clases sociales, para lo cual hubieron de dar a las matachinadas el pomposo nombre de carnaval que, como llega oreado por las brisas del mar, lo hemos de acoger cual signo de cultura.

Entre las costumbres a que pagábamos tributo en los tiempos ya idos, había una tan noble y tan simpática que quisiéramos consignarla tallada en piedra, para que no la destruyera por completo la constante modificación de la vida. El día 31 de diciembre velaban los habitantes aguardando la primera campanada de las doce de la noche, para buscar la familia primero y luego los amigos y darse el abrazo de saludo de año nuevo. Y fuimos testigos, en más de una vez, de enemistades extinguidas con aquel abrazo; de la unión por él producida en vínculos familiares debilitados. En ese momento se deponía toda mala voluntad como para abrir era nueva en la vida con la aurora del nuevo año. Qué costumbre tan bella! Cuántas veces hallamos a nuestra amada madre aguardándonos con los brazos abiertos a la puerta del hogar! En Cúcuta, donde poco abundan los caracteres ceremoniosos que son casi siempre falsos, pocos hay que en el día primero de enero no saluden deseando feliz año, o felices pascuas en las de Resurrección y de Navidad.

Era costumbre generalizada en la ciudad sentarse en las aceras en las horas de la tarde, en las que un viento suave y refrescante hace olvidar los fuertes calores del medio día. Costumbre grata y que revelaba sencillez en la vida social. Se veía la ciudad animada con la presencia general de las familias en las aceras de sus habitaciones. El alcalde prohibió tal costumbre, fundándose en esta ocasión en lo preceptuado en el Código de Policía; y para resguardar las aceras el tal alcalde, cosa a la cual hubo de encaminar toda su severa acuciosidad, hizo llevar a unos cuantos arrieros a la cárcel, solo por que una mula se trepaba al enladrillado.

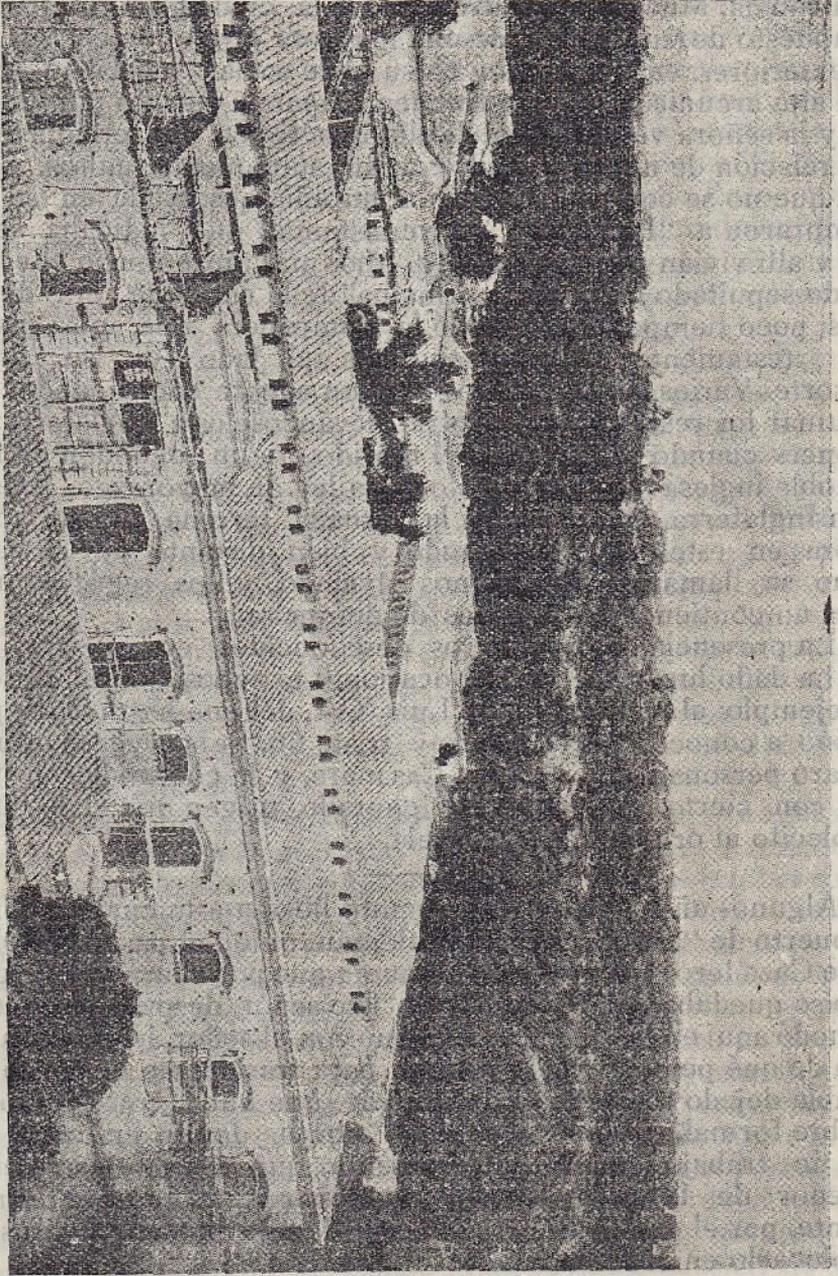
Había en muchas familias la grata costumbre de jugar la lotería para formar fondos aplicables a algún paseo a "Pescadero" o a la hacienda de don Juan Bosch. En la casa de don Antonio María Ramírez, que era el rendez-vous de todos los jóvenes por el atractivo personal de sus cuatro hijas, tuvimos ocasión de presenciar que algunos dejaban de llenar los números de su tableta por contemplar a las muchachas que, vivas y salerosas, se sabían aprovechar de aquellos descuidos voluntarios o involuntarios para gritar ¡"lotería"!

En uno de esos paseos a la hacienda de "Pescadero", paseo sin ceremonial molesto y sí mucha cortesía franca y sincera, tuvimos la oportunidad de conocer la historia relativa a dos tumbas que en el patio principal había, historia que por curiosa le damos aquí cabida. Muchos años atrás vino a la ciudad un matrimonio compuesto de un inglés y de una hermosa joven que en sus portes exteriores, en sus trajes y en su trato social, revelaban uno y otra alta arcunia. Paseaban frecuentemente a caballo por la ciudad y la señora vestía para éllo lujosos trajes de terciopelo, según relación de nuestra madre: eran sumamente cultos, condición que no se compadecía con la hurañía observada en su vida. Compraron a "Pescadero", circunstancia que indicaba ser ricos, y allí vivían con esplendidez. Años más tarde murió el esposo, siendo sepultado en el patio principal de la casa que era de dos pisos; poco tiempo le sobrevivió la compañera que, por disposición testamentaria, fue sepultada al lado de su amado consorte. Varios años después vino un agente comisionado para exhumar los restos de uno y otra, llevándoselos a Inglaterra; fue entonces cuando se supo que el marido era un segundón de familia noble inglesa que por efecto de la ley de mayorazgo, existente en Inglaterra, vino a rendir la jornada terrena con su amada esposa en este rincón ignorado y bien distante de su patria. Cómo se llamaron? Lo hemos olvidado, y los registros notariales no contienen las partidas de defunciones.

La presencia de extranjeros desconocidos en nuestros pueblos ha dado lugar en varias ocasiones a suposiciones curiosas; por ejemplo: al Delfin, hijo de Luis XVI, del que hasta hace poco se vino a conocer su verdadero y triste fin, le creyeron ver en un raro personaje que vivió en Casanare, y le confundieron también con cierto individuo de ignorado origen que vivió en un pueblecito al oriente de Venezuela.

Algunos años antes del terremoto llegó a esta ciudad, por vía del puerto de "Los Cachos", un alemán, quien al pasar por el llano de Cazadero observó una osamenta que por causa del desgaste del piso quedaba en la superficie. Ese señor, después de que se acomodó aquí en la ciudad, se informó con el señor José María Catalán de qué persona podía valerse para trasladarse al punto que él había dejado señalado; y después de que hubo conseguido un hombre formal, trasladóse a dicho punto, donde en uno o dos días de trabajo reunió la osamenta que luego armó en el corredor de la casa del mismo señor Catalán. Era un masto fonte, por el cual le dió el gobierno alemán diez mil dólares, para colocarlo en el museo de Berlín.

Cuántos objetos de valor histórico y artístico se han perdido en nuestros pueblos y cuántos todavía desconocidos y expuestos a perderse también. En poder del señor Natalio Quiroz, ya finado, existió el clavo que sostuvo el solio presidencial del congreso



CASA DE MERCADO EN CONSTRUCCION

reunido en el Rosario. El Acta de erección de San José de Guasimales existía en San Cristóbal en poder de un señor Villasmil, oriundo de Cúcuta.

La mayor inmigración recibida en Cúcuta fué venezolana, especialmente de Maracaibo, de la que se origina gran parte de la población cucuteña. Hubo años antes del terremoto varios italianos que no sabemos por qué abandonaron toda tierra tan propicia para el negocio.

El primer alemán que vino a Cúcuta se apellidaba Huber.

El primer consulado que hubo en la ciudad fue el de Venezuela y después el de Italia.

Es de suponerse cuál fuera la expresión de curiosidad despertada en el pueblo por el primer piano introducido al rededor del año de 1845 por don Domingo Pérez, y cuál sería la producida con la primera máquina de coser traída por el mismo señor Pérez, por los años de 1860 a 1864. Esa máquina fué cedida al señor Celso Zerna, quien la llevó a Boyacá, y al pueblo en que la tenía acudían gentes de lugares distantes a admirar la maravilla. Nos lo refirió así hace algunos años un señor Domingo Zerna de Santa Rosa y hermano del doctor Celso.

Igual curiosidad a aquellas, suponemos, fué la que despertó una máquina de desgranar maíz, que vimos funcionar siendo niños, importada por don Rafael González Seguí. Fué ocasión de un suceso desgraciado: don Manuel Garbiras la hacía funcionar ante los curiosos y, descuidándose en alguna ocasión, la rueda dentada le trituró la mano derecha, por lo que se apenó tanto que murió pocos meses más tarde.

Hubo una buena fábrica de ladrillo y teja montada con magnífica maquinaria, de la que fueron empresarios un señor Villafañe y don Ramón Serrano. Aún se conservan las muestras de sus buenos productos en los embaldosados de algunas aceras donde se ven ladrillos que se usaran antes del terremoto, y que tienen estampados los nombres de los industriales empresarios.

El primer trapiche movido por fuerza hidráulica fué el de «Pescadero», hacienda que para entonces estaba cultivada de cañas.

El ganado que se consumía era traído de los llanos de Casanare por la vía del Cocuy.

Había corrales de cabras en los barrios de «El Llano» y «El Callejón», que constituían riqueza verdadera en las clases bajas de la sociedad; y cabreras numerosas en «Quebrada-Seca» y otros sitios de terrenos estériles. La leche de dicho animal era de consumo general y los quesos de ella estimados en extremo.

EDIFICIOS

Sólo existían cinco casas demás de un piso: la municipal, la de don Juan I. Aranguren, la de don Joaquín Estrada, la que ocupa-

ban los señores Piombino & C^a y la de doña María de Jesús Santander.

Ya en 1875 estaba concluído el mercado cubierto, empresa anónima y que para entonces producía el dos por ciento mensual de utilidad.

EMPRESA DE LA CARRETERA A PUERTO VILLAMIZAR

Hemos de dedicar capítulo aparte a esta empresa de la que solicitaron privilegio antes de don Domingo Días y don Juan Ignacio Aranguren, don Domingo Pérez y el doctor Celso Zerna: declarado caducado el otorgado en favor de estos dos últimos, fue concedido a los dos primeros, de nacionalidad venezolana, quienes lo cedieron, mediante el pago de una suma, a los que constituyeron la compañía anónima que acometió su construcción.

El año 1864 vino a esta ciudad el ingeniero nacional doctor Ujueta a representar una compañía constituída en Barranquilla para la apertura de una vía carretera de Cúcuta al río Magdalena: convocado todo el personal del comercio y otras muchas personas para una junta con el fin de ver qué capital accionista en dicha empresa podía inscribirse en esta ciudad, actuó como secretario don Juan Villamil, que fué quien nos suministró los datos que vamos a dar al público, datos e informes que nos ratificó el mismo señor Villamil años después del terremoto y nos los confirmó don Aurelio Ferrero.

Expresados ante la junta los motivos de ella y hecha una exposición sobre la necesidad y conveniencia de acometer la obra que iba a poner en contacto a Cúcuta con los pueblos de la costa atlántica, se suscribieron acciones por \$ 500.000. Amenazados de muerte los intereses comerciales de Maracaibo con la empresa de que se trataba, se esforzaron los venezolanos residentes aquí, por imposibilitar la obra proyectada, consiguiendo que el doctor Manuel Plata Azuero retirara la oferta hecha por doña Genara P. de Añez, quien tomaba cierto número de acciones en la empresa al Magdalena; al tener noticia de este antipatriótico proceder, el acaudalado comerciante don José María Antommarchi retiró su suscripción de cien acciones y los demás extranjeros, alegando la misma razón de que si los nacionales se inclinaban en favor de la vía a Venezuela, ellos, extranjeros, hacían lo mismo. Desvanecida la esperanza forjada con el resultado de la primera junta, quedó excluída de toda discusión la empresa nacional al Magdalena y dada la preferencia a la que nos tiene subyugados, produciendo a nuestra región la casi paralización de su vida comercial y agrícola. Bien entendido que no hacemos cargos a los venezolanos que entonces trabajaron por inclinar al comercio cucuteño a abrir la carretera a Puerto Villamizar, pues hemos de reconocerles derecho a trabajar en beneficio de su nación.

Qué bien cuadra aquí el relato del siguiente hecho, de cuya

veracidad y exactitud responde el testimonio de los señores don Alejandro Belén y don Nepomuceno Torres. Don Jorge Briceño sostenía con razones de orden económico la empresa al Magdalena; y en cierto día que discutía con acaloramiento su idea ante el general don Domingo Días, dijo: "soy venezolano como usted lo sabe, general, pero no quiera decir ésto que no ame a Colombia; y veo para esta república amenazado su futuro con los desmanes y atropellos del gobierno venezolano el día que empuñe sus riendas un hombre arbitrario". Tales palabras profetizaron lo que había de acontecer con la administración seccional del Zulia encomendada al general Venancio Pulgar y la nacional del general Cipriano Castro.

La compañía empresaria contó como base rentística con los derechos de bodegaje en el Puerto de los Cachos, que pertenecían al distrito. Esos derechos, que para entonces alcanzaban a \$ 60.000 anuales, fueron aumentando a medida que crecía el movimiento de exportación e importación.

La exploración costó al rededor de \$ 12.000 y la construcción de la carretera, que midió once leguas, se realizó en once años.

Los socios primitivos consignaron un capital equivalente a \$ 35 por cada acción, adoptándose como medio para la nó consignación del capital íntegro, el de llevar paralelos los gastos con las entradas por peajes y tomando para cubrir los déficit en los primeros años de construcción, sumas de las que, su interés, entraba a figurar con la de gastos de construcción.

El ingeniero que trazó la vía fue el doctor Nepomuceno González Vásquez y director de los trabajos el general Domingo Días.

La primera obra de arte realizada por la empresa, fue el puente «Plata o Azuero», que remedió una necesidad, pues cuando llovía, el callejón crecía de tal modo que cortaba toda comunicación al barrio de este mismo nombre.

El doctor José María Villamizar Gallardo, presidente del estado S. de Santander, otorgó el privilegio y firmó el contrato respectivo: debido a ello el puerto de «San Buenaventura» se llamó desde entonces «Villamizar».

Con los trabajos emprendidos en la carretera se desarrollaron nuevas industrias que no por ser pequeñas dejaron de contribuir favorablemente en la vida económica de la ciudad. Aparte de los jornales con que se favorecía a mucha gente y del concurso de gran número de boyacenses y personas de otras procedencias, comenzaron a establecerse en la vía individuos que hicieron fundaciones existentes hoy; se estableció el tráfico de carros y la fabricación de ciertos enseres inaplicables antes y también el uso de los bueyes de tiro, para lo cual trajeron partidas numerosas del interior del país.

Aparecieron los primeros carruajes luego que hubo un trayecto de carretera y los montes adyacentes a la vía, vírgenes

hasta entonces, comenzaron a suministrar maderas de construcción y de ebanistería y las leñas, que por estar distantes de la ciudad los cortes, encarecían cada día.

Al nombrar las maderas no podemos callar que la caoba, tan fina y tan bella de la región comprendida en la vía, es una riqueza considerable que sólo la indolencia nuestra puede consentir en que se explote sin provecho para el país. De la explotación de nuestros bosques sólo derivan provecho extranjeros que en agrupaciones los talan y sacan las maderas en balzas por los ríos Zulia y Catatumbo, para llevarlas a Maracaibo, de donde se exportan al exterior como producción venezolana.

Para que nos convenzamos de los inconvenientes y perjuicios que sobrevenían al comercio y a la región el exportar los productos colombianos sin expresar el propio origen, englobados con los de Venezuela, citamos que el año de mil ochocientos setenta y dos o setenta y tres, el general Venancio Pulgar impuso un derecho de diez pesos oro sobre carga de café de producción venezolana, derecho que recayó sobre el exportado de Cúcuta porque se consideraba como producción del Táchira o de Maracaibo. Para la abolición de tan fuerte gravamen no bastaron las protestas de la cancillería colombiana; hubo necesidad de que el general Antonio Guzmán Blanco se hiciera obedecer por medio de la fuerza, enviando para ello un vapor de guerra a Maracaibo.

PLAZAS

En la antigua ciudad había tres plazas: la principal que ocupaba la misma área de la actual de Santander; la de San Juan de Dios que quedaba donde está hoy la de La Victoria, y la del Cují, llamada también y con más propiedad de Cortés, por tener en el marco oriental don Francisco Cortés su casa de habitación y su acreditada casa de negocios. En ninguna de esas tres plazas había un árbol siquiera; eran todas feas en extremo y sumamente tristes. Como en casi todas las poblaciones de construcción española, en las plazas de la antigua ciudad había casas de corredor hacia la calle y en la llamada principal había una casa-almacén que tenía uno que medía más de sesenta metros y en él se refugiaban las gentes del mercado cuando llovía.

En la plaza de Cortés se festejaban los días de San Juan y de San Pedro, a la usanza de tierra caliente, con gallos corridos, toros, bailes, pólvora y en más de un año con una suntuosa comida que daba don Pacho (así le llamaba la gente) al aire libre y a la que convidaba grupos de personas en representación de las clases sociales y que se sucedían respetuosamente en los puestos de las mesas.

En la plaza de San Juan de Dios se reunían todos los muchachos del centro y del barrio de La Playa a hacer maromas, o a

jugar al toro, o a los trompos, o a las cometas o al juego que estuviere en boga; porque los juegos de los niños, como las estaciones, tienen épocas. Allí, en esa plazuela, se dirimían las cuestiones o diferencias de los muchachos, apelándose por los mal intencionados al sistema de poner en el hombro de uno de los contendores una pajita, que si se la quitaba el otro, se rompían las hostilidades, dándose recíprocamente de puñetazos.

En la plaza principal se vendía el pasto de las cuatro a las seis y media de la tarde; y de esta hora en adelante no había en ella notación alguna de vida. Sólo en las fiestas de julio perdía esa plaza su melancólica y triste fisonomía.

Es imposible que las generaciones que se van levantando puedan juzgar del adelanto material de nuestras poblaciones si nó averiguan qué número de casas se fabrican anualmente; si nó se fijan en las modificaciones que a diario vá recibiendo la fabricación en general, o las comodidades que se van introduciendo en las habitaciones, o en el embellecimiento que reciben las calles, las plazas y la población toda.

Las observaciones son de grande utilidad y conveniencia y extendidas al orden material y moral sirven para deducir causas que así se podrán corregir. En Cúcuta no había vagancia y por lo tanto no habían ladrones ni rateros: a favor de esa circunstancia es que puede contarse el siguiente hecho.

Al comercio de Cúcuta, rico en verdad, venían del exterior sumas crecidísimas de dinero en oro, que los arrieros traían en sus mulas como cualquiera mercancía, en cajoncitos cuadrados que todo el mundo conocía y sin escolta de ninguna clase: en alguna de tan frecuentes ocasiones, venían unos de aquellos que conducían unas cuantas cargas de dinero que se entregaba siempre en la aduana, que quedaba en la misma esquina que ocupan hoy los señores Beckmann y Compañía; mas cuando esos arrieros llegaron al alto de las «Pavas», oyeron descargas de fusilería, sabiendo allí que se libraba un combate en las calles de la ciudad entre conservadores y liberales; y, muertos de miedo, abandonaron las mulas y las cargas. Al siguiente día los comerciantes dueños de aquellos dineros y sabedores de lo ocurrido, salieron por los barrios a tomar informes y fueron hallando en diversos puntos, ora los cajoncitos descargados de las bestias, ora también alguna mula echada con la carguita sobre sus lomos, sin faltar ni una caja, ni una moneda siquiera. Esta relación nos la hizo don Ildefonso Urquinaona, dueño de una parte de aquel dinero y hombre veraz en todo sentido.

La población se ensanchaba hacia el sur y para donde menos crecía era para los lados del Callejón y el Llano.

A L U M B R A D O

El alumbrado público se hacía por medio de unos veinte o

treinta faroles alimentados con aceite de tártago, que se prendían de la seis de la tarde en adelante si el rematador de ese servicio, que lo era casi siempre don Aurelio Guerrero, había recibido del tesorero municipal con qué comprar el aceite y con qué hacer los demás gastos.

La tesorería municipal manejaba muy pocas sumas, pues las rentas del distrito eran infinitamente menores de las de hoy; no obstante, en alguna ocasión cargaron unos ladrones con la caja de hierro, bajándola del piso alto de la casa municipal y que fué descerrajada en una calle del Llano, sin haberse descubierto jamás los ladrones, aunque todo el mundo decía conocerlos.

La falta del alumbrado permanente en la ciudad hacía desear las noches de luna y gozar de éstas con indecible placer, pues se aprovechaban con alguna frecuencia en paseos a los barrios o al Puente. En el alumbrado y sus formas se ve destacado el desarrollo sucesivo del progreso: al del aceite de tártago sucedió el del kerosen, como a las guardabrisas, que se ostentaban en las salas, sustituyeron las lámparas metálicas o de vidrio y las arañas aristocráticas de cristal; las velas de sebo y de roble fueron desalojadas por las de esperma y estearina que trajeron forzosamente los briseros y fотомóviles.

Un viaje a Europa era entonces considerado como si fuera para la eternidad y de ello que, antes de emprenderlo, había de hacerse testamento y practicar cuanto aconsejase la previsión humana. A pesar de tal temor no escaseaban en absoluto los viajeros que, afrontando los peligros que la imaginación inventaba o aumentaba, se lanzasen y había familias que se tiraban al charco en buques de vela, en los que deberían de emplear tres meses o más para llegar a tierra firme europea. Entre las varias familias que levantaron vuelo de aquí para no volver a la tierra se cuentan las Spanocchia y las Antommarchi: esta última llamada con harta propiedad y acierto «nido de alondras» por la belleza física de las mujeres, según lo afirman las tradiciones orales de familia y por ser poetisas de elevado estro, como lo acreditan algunas antologías y diversas poesías sueltas que desde niños oíamos y que de hombres nos hemos complacido en recitar.

De esta última familia, el hermano mayor de los varones llamado José María, fue iniciador y contratista del ferrocarril de La Guaira a Caracas. Don José María Antommarchi, padre de esa distinguida familia cucuteña, era hermano del médico que asistió al emperador Napoleón en su prisión de Santa Elena, del que conservaron la mascarilla original, hasta que la regalaron a un museo francés.

Las familias de procedencia extranjera tienden siempre a vivir en el país de su origen, realizando su traslación apenas lo permita la situación monetaria que alcanzaren. Y para probar tal aserto bastaría la lista de las familias que de aquí, puramente

de Cúcuta, se han trasladado a los países de su origen extranjero, desconociendo sus hijos la patria colombiana.

LÍMITES Y FRONTERAS

Los litigios fronterizos no datan para nosotros de ayer, ni se acabarán mientras se agregue, al carácter o naturaleza de arcifinios, la condición de tributarios. Para llegar, por tanto, a la demarcación justa y firme, y se nos reconozca por nuestros vecinos y hermanos el derecho que tenemos a la libre navegación en los ríos comunes a uno y otro país, necesario es que las locomotoras, recorriendo libremente el territorio y la región del Magdalena, demuestren que ya no somos tributarios de país extraño, que ya nuestro comercio es libre.

Por los años de 1873 a 1874, siendo presidente de la provincia de Cúcuta don Agustín Yáñez, entraron a San Faustino unas turbas procedentes del Táchira, las que quitaron los mojones que alinderaban por ese lado los respectivos territorios de Venezuela y de Colombia, trayéndolos más acá y gritando que eso era territorio venezolano. Al tener noticia de tal desacato, se movió el prefecto don Agustín llevando sesenta individuos de tropa de la guarnición nacional; cuando llegó a San Faustino llevó los mismos mojones a su lugar primitivo, y tiroteó a una partida de gente que probablemente la constituían los autores del desmán. El asunto terminó silenciosamente.

L O A B L E E J E M P L O

Era muy joven quien esto escribe cuando al pasar frecuentemente por frente a una carpintería en la que se hacían unos armarios lujosos para cierto almacén, veía a un señor entrado en años, o bien torneando una pieza, o bien dando brillo a un mueble, o simplemente aserrando una tabla. «Ese hombre que ve usted trabajando de carpintero es, me dijo mi padre, el doctor don Marco Antonio Estrada, presidente que fue del estado Santander y representante al congreso nacional». No pude entonces valorar el hecho expresado y menos deducir de él su altísima enseñanza; menester ha sido que los años, que han blanqueado los cabellos, me hayan ofrecido casos en los que el contraste con aquél, me han obligado a observar que en las épocas en que se rinde un mentido y falso culto al obrerismo, se desdeñan los oficios hasta el punto de no concurrir a taller alguno un solo aprendiz que sea de las altas clases sociales.

El atraso no era exclusiva propiedad nuestra; su dominio fué universal en uno que otro de sus signos o caracteres: una cocinera de nuestra casa decía, y debía creerlo ciegamente, que la fotografía era invención del diablo y agentes de éste cuantos ejercían tal arte: al primer vapor que se trajo al río Catatumbo para la navegación en este río y en el Zulia hasta el Puerto de los Ca-

chos, se le hostilizaba de tal modo a su tránsito que naufragó al fin en las bocas por donde desagua en el lago de Maracaibo, y por mucho tiempo quedaron visibles sus mástiles a manera de protesta contra el salvajismo de sus perseguidores, quienes talvez dirían que era protesta contra la invasión atrevida del progreso.

Instalada la primera línea telegráfica por cuyos alambres, según el decir de las gentes ignorantes, iban y venían los espíritus infernales, hubo necesidad de dictar medidas severísimas contra quienes resultaran cargos por daños en los postes o en aquellos; y cuando se perdió toda esperanza de aplicarse tales medidas por la imposibilidad completa para definir responsabilidades, se declaró por ley especial que se aplicarían esos castigos a cuantos viviesen a cierta distancia con relación al daño en las líneas; sólo así, y a favor del tiempo que cura y modifica, pudo vivir tranquilo el telégrafo y convencerse la gente de que no es arte del diablo sino invención que honra el ingenio humano. Todavía no hace muchos años las instalaciones modernas de alumbrado eléctrico, teléfono y automóviles eran hostilizados.

Y para demostrar la verdad de nuestro aserto de no haber sido el atraso exclusiva propiedad nuestra, referiremos que fuimos invitados en alguna ocasión a un almuerzo de familia en Maracaibo y que habiéndonos presentado a las doce, hora señalada, el almuerzo no fué servido sino a la una y media, dándonos entonces la señora de la casa la razón de que la cocinera tenía que venir de «Los Haticos» a Maracaibo a hacer mercado y recorrer de ida y regreso una larga distancia por no querer jamás montar en el tranvía, tirado en esa época por dos mulas, porque decía que eso era arte diabólico.

En la misma vieja y culta Europa se conceptuaba de igual modo toda obra de difícil apreciación para el mayor número de las gentes: nos lo cuentan así las narraciones sobre la imprenta, los juicios sobre Palissy y Fulton y quién sabe cuántas otras cosas e ingenios humanos.

Es innegable que el clima tan oxigenado ha de contribuir poderosamente en la viveza de imaginación que admiramos en los niños cucuteños, viveza que ha causado perjuicios a cada uno y a su conjunto, pues talvez ha influido en la frivolidad que es muy común o general. La facilidad con que se gana el dinero hace generosos a sus hijos y los lleva, junto con la imprevisión, a ser derrochadores. De la noble generosidad cucuteña hay casos muchos que la evidencian y la pintan gráficamente en la expresión que oímos a un hijo del pueblo cuando se formaron hospitales para epidémicos de la fiebre amarilla, que dijo a las señoras que recogían limosnas: «si cierran ese hospital por no haber más epidémicos, déjenlo establecido para otros pobres, que los que damos seguiremos contribuyendo hasta que Uds. recauden». A

nuestra mente también ocurre el recuerdo de casos en los que al quedar una mujer viuda o una familia en la orfandad, han sido favorecidos con sumas de consideración recogidas entre personas relacionadas o extrañas.

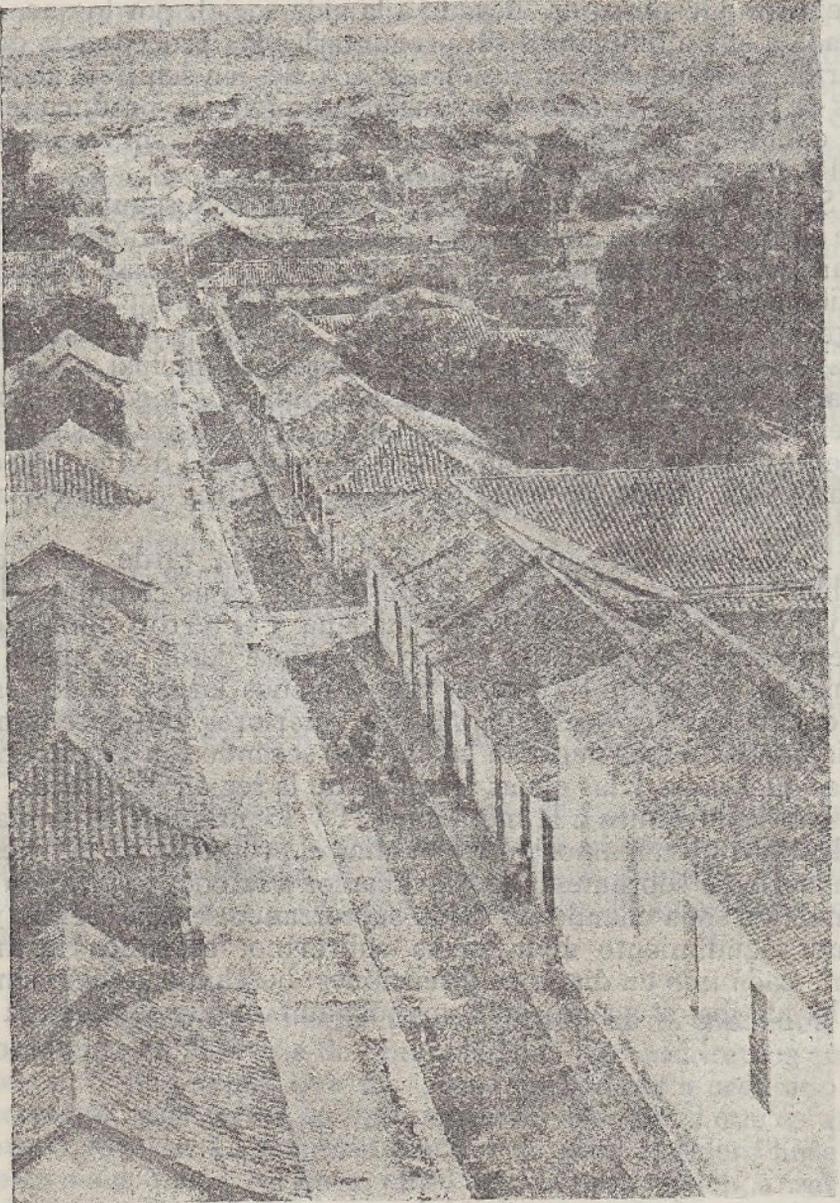
El cucuteño es ajeno en absoluto a quijoterías y ranciedades; y ese mismo espíritu ha llevado a la vida social, por lo que dan entrada a ella a individuos sin preguntarles la procedencia de su alcurnia; estimuladas así las clases sociales sin sentirse alejadas unas de otras por el odio o por mala voluntad, se produce en la vida cucuteña una suave armonía en su conjunto, sin temer el rico al pobre ni verse éste por aquel desdeñado.

Se acercaba el 18 de mayo de 1875 y el cielo seguía mostrándose sereno, vestido siempre de esos celajes inimitables que admiran propios y extraños: el movimiento comercial daba animación a la vida y hacía mayor cada día el medio circulante: la holgura se reflejaba en los semblantes alegres de los habitantes de la antigua ciudad, por lo que el consejo municipal acordó celebrar el 20 de julio con grande esplendidez los regocijos públicos enumerados en vistoso programa que iba a distribuirse ruidosamente el domingo 23 de mayo. La omnipotencia divina dejó que la naturaleza obrara de acuerdo con leyes físicas y sirviese a su justicia.

El domingo 16 sintióse a las cinco de la tarde un fuerte temblor que agrietó algunas paredes de las casas centrales; el lunes volvió a temblar a las 9 de la mañana y el terror comenzó a generalizarse. El martes 18 estuvo oyéndose desde las nueve de la mañana y con intermitencias más o menos largas, ruidos sordos cual si hubiese derrumbamientos interiores. Bastante tiempo hacía que las nubes negaban las lluvias, secando tan largo verano varias quebradas y las aguas termales de la región de Ureña.

Nos sentábamos a la mesa a las 11 y 15 minutos de la mañana del día 18 y teníamos en las manos el programa de las fiestas para leerlo de sobremesa: nos llevábamos a la boca la primera cucharada de sopa cuando un ruido subterráneo se dejó sentir y el primer sacudimiento de la tierra sobrevino; corrimos instintamente cada uno en distintas direcciones buscando refugio sin saber lo que iba a acontecer y menos aún lo que se debiera hacer.....





UNA CALLE DEL ANTIGUO CUCUTA.

SEGUNDA PARTE



A pesar de los movimientos sísmicos que se sintieron en los días anteriores al del terremoto, muy pocos habitantes se apercibieron de sus consecuencias. El general don Domingo Díaz levantó un toldo en el solar de su casa para refugio de la familia y durmieron, en efecto, allí en la noche del lunes; mas como el siniestro fué de día y a la hora en que la mayoría de sus habitantes almorzaba, fueron sorprendidos y perecieron varios de sus miembros.

Días antes del cataclismo predijo el suceso una mujercita a la que se le juzgó loca, y sabemos con toda evidencia que fué a Pamplona a consultar el caso que le ocurría con el venerable presbítero doctor Antonio María Colmenares, quien nos ratificó la verdad de esa versión. Hubo otro caso muy raro también: existía en un campo que queda entre el Rosario y San Antonio, un ciego muy conocido llamado Dositeo López, quien pocos días antes del terremoto decía a su familia: «me huele a Lobatera, si quieren salvarse duerman en el cocal»; allí se salvó él viviendo de un todo desde días antes del terrible suceso.

Para pintar tan espantosa hecatombe menester sería una pluma delicadísima y suma habilidad descriptiva. La fuerza plutónica de la tierra sacudió durante todo ese día y muchos de los que le siguieron la costra terrestre de un modo increíble y en un radio de muchas leguas; viéronse bambolear las mismas cordilleras que circundan estos valles y la tierra se abrió en grietas espantosas que tenían todas la misma dirección, de oriente a occidente.

A las once y cuarto de la mañana, a la hora en que los habitantes en su mayor número almorzaban, sintióse un ruido subterráneo y prolongado, cual si se desprendiesen grandes masas interiores de la tierra, al que sucedió inmediatamente el primer sacudimiento de trepidación y en seguida otro y otros más de oscilación que destruyeron totalmente la ciudad en un muy corto número de minutos. Nosotros vimos caer los edificios de toda una calle en que estaba la Botica Alemana, como caen las cartas de naipes en sucesión continúa, en confusión horrible, pues sus edificios caían hacia afuera cubriendo las calles, otros sobre el interior, formando unos y otros montones de escombros, produciendo ruido espantoso en el derrumbe de las paredes, junto

con el crujir de las maderas, los gritos de espanto y de clamor de tantas víctimas; una nube espesísima de polvo producida al desplomarse los edificios nos envolvió a los sobrevivientes, penetrándonos por la boca y narices hasta dificultarnos la respiración; y habríamos perecido indefectiblemente por asfixia, si un viento huracanado no hubiera arrastrado aquella nube de polvo. Despejado el horizonte pudimos darnos cuenta de lo acontecido.—¡Qué horror!—Ni un solo edificio, ni una pared siquiera en pie se divisaba en la extensión abarcada por la vista; a los oídos llegaban en confuso clamoreo los ayes y lamentos de los heridos, los gritos de cuantos sobrevivían clamando misericordia. Un momento después vimos salir de entre las ruinas al inolvidable amigo Ireneo Baptista, sin podernos reconocer el uno al otro por lo desfigurados que estábamos, cubiertos de polvo y en el semblante la expresión del terror: nos creímos recíprocamente muertos que surgían de sus tumbas.

Los movimientos terráqueos se sucedían instante por instante, de trepidación unos, de oscilación otros, y la idea de perecer era general.

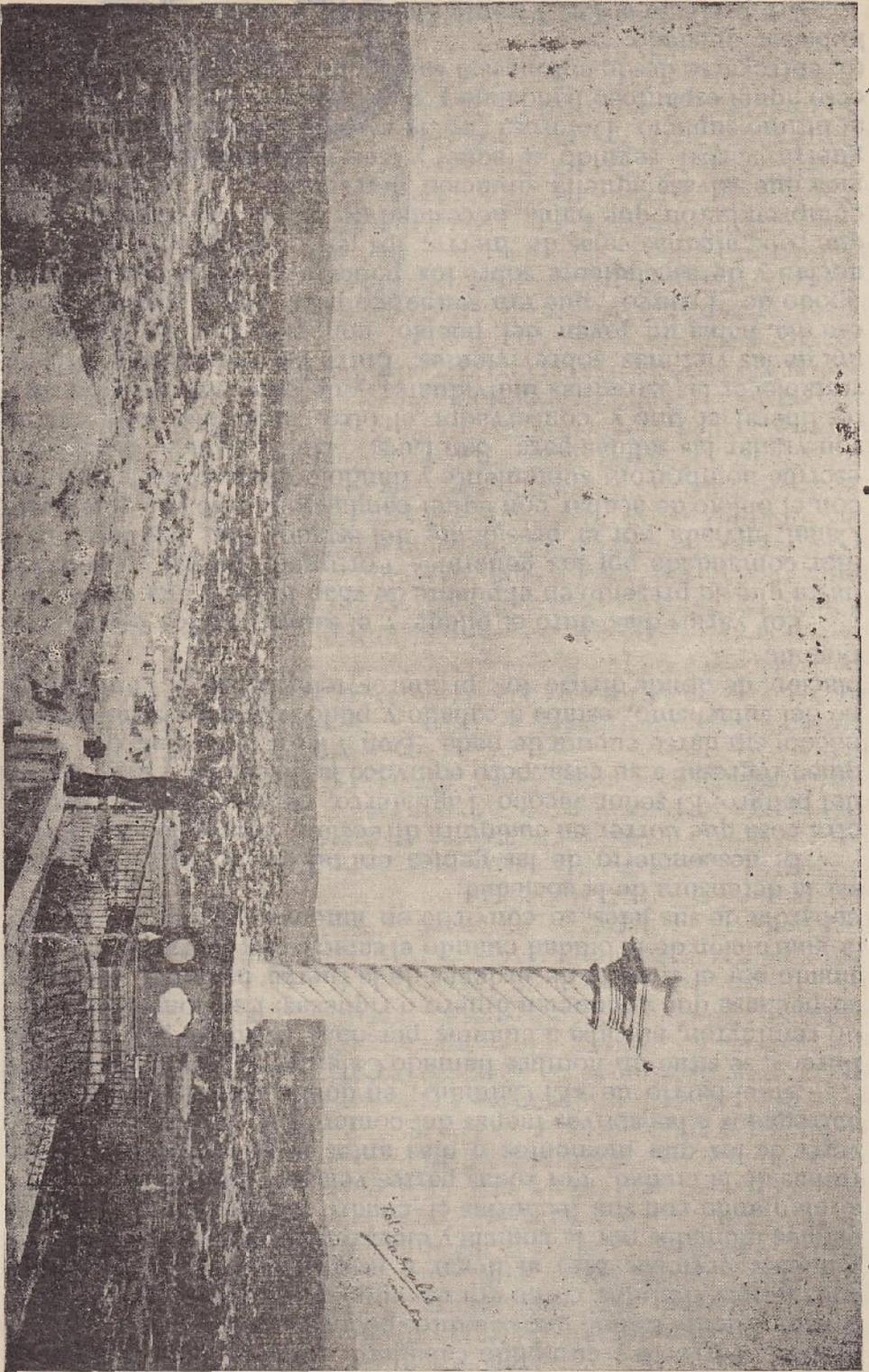
Tuvimos ocasión de ver acobardados a los sobrevivientes, y aquellos que alardeaban ser impíos, hacer plegarias públicas demandando misericordia al Señor de los cielos y de la tierra. Uno de esos impíos al avistarse con nosotros, exclamó: «es preciso creer Julio, es preciso creer».

La fuerza nacional que existía en la ciudad, abandonada de sus jefes, se entregó a la rapiña; y las autoridades todas aterradas abandonaron también la ciudad, quedando las ruinas a merced de los ladrones, que aumentaban sus filas con cuantos veían sacar cuantiosos dineros de las cajas de hierro. Si es verdad que hubo escenas de sangre y de pillaje que podían pregonar un grado de considerable degeneración moral, también es cierto que hubo actos de heroísmo inspirados por una idea elevada de las obligaciones morales.

Rafael Salas, por ejemplo, joven dependiente del señor don José María Catalán, quedó sepultado en las ruinas de la botica en que servía, expuesto al incendio que había comenzado en diversos puntos de las ruinas; y cuando fueron su padre y sus hermanos a sacarlo de aquella horrible situación, les dijo: “saquen primero a la familia del señor Catalán.”

La señorita Enriqueta Ferrero caminaba sobre las ruinas con la dificultad que es de suponerse y desconcertada por completo, tropezó con algo extraño y observó que era una cabeza humana a la que quitó toda la tierra que la rodeaba, con lo que el sepultado, que era don Alcibíades González, pudo respirar y volver a la vida. De ahí no se separó la señorita hasta que pudo conseguir personas que sacaran a la víctima y la pusieran en salvo. Don Alcibíades sobrevivió muchos años y en más de una ocasión le oímos relatar ese episodio.

PANORAMA DE CUCUTA MODERNO DESDE LA COLUMNA DE BOLIVAR



Vivía en Salazar el general venezolano don Manuel Herrera, hombre correcto y cumplido caballero, quien al saber la destrucción de Cúcuta reunió unos cuantos peones para venir a salvar con ellos tántas víctimas como era de suponerse y prestar oportunos y nobles servicios. Mas al llegar a las ruinas se desbandaron los peones incitados por la codicia y elevaron la cifra de los ladrones, aumentando con sus fechorías el cuadro tétrico que ofrecían las ruinas de la ciudad. Por todas partes veíamos insepultos los cadáveres de los que momentos o días antes estaban llenos de vida, entregados a las activas faenas del comercio.

En el barrio de «El Caimán», en donde queda hoy «Puente Barco», se situó un hombre llamado Calanzans, quien, armado de un remington, atacaba a cuantas personas pasaban por allí que sospechase que conducían dinero o riquezas. Ese hombre fue asesinado por el corneta de órdenes de la fuerza nacional que hacía la guarnición de la ciudad cuando el cataclismo, fuerza que, por la cobardía de sus jefes, se convirtió en amenaza pública en vez de ser la defensora de la sociedad.

El desconcierto de las gentes era tal, que a nadie le ocurría otra cosa que correr en cualquiera dirección, creyendo así librarse del peligro. El señor Jacobo Tagliaferro, comerciante de Táriba, quiso regresar a su casa, pero equivocó la dirección y llegó a Chinácota sin darse cuenta de nada. Don Víctor González, que escapó del cataclismo, estaba a caballo y pudo llegar a esa misma población, de donde dirigió los primeros telegramas a Pamplona y Bogotá.

Por varios días duró el pillaje y el saqueo en los escombros, hasta que se presentó en el puente de «San Rafael» una fuerza militar comandada por los generales Fortunato Bernal y Leonardo Canal, enviada por el presidente del estado, don Aquileo Parra, con el objeto de acabar con aquel bandalaje horrible; a quien esto escribe nombraron subteniente y dándole una escolta le ordenaron vigilar las salidas para San Luis. Había a juicio de esos Jefes liberal el uno y conservador el otro, necesidad suprema de restablecer las garantías individuales y de garantizar la vida misma de las víctimas sobrevivientes. Entre los reducidos a prisión ese día, había un joven del pueblo, conocido con el apellido o apodo de «Piringo», que era simpático para todos cuantos lo conocían y de ascendiente sobre los pobladores de su barrio, pero que robó algunas cajas de hierro; los jefes militares nombrados comprendieron que había necesidad de dictar una medida enérgica que salvase aquella situación desesperante, y en consejo de guerra verbal seguido a aquél y tres más fueron condenados al último suplicio. Dolorosa fué la medida que se tomó de ella cesó aquel espantoso bandalaje y pudo cada víctima del terremoto, entregarse desde entonces a salvar los pocos intereses que le hubiesen quedado.

Era prefecto el Dr. Vicente Durán M. y a él se dio por la

